



Crónica Literaria

Por ALONE

"En la Ruta de los Parásitos", novela por Alberto Santelices (Océano). Por costumbre, por hábito rutinario, dicen todavía muchos o siguen pensando que los escritores chilenos, en este país de costas, no miran bastante al mar, no lo celebran, describen y cantan suficientemente.

Una simple alusión a los Premios Nacionales que Hernán del Solar acabó de ponernos a la vista en su excelente libro comprueba lo "obsoleto" de esa creencia.

Nuestra literatura se ha hecho navegable.

Abre la marcha (no podía menos) "El admirante del buque fantasma" y lo siguen "El Malador de Tiburones", "Chileños del Mar", "Lanchas en la Bahía", "Tierra de Océano", "Cabo de Hornos", pléyade que integra el poeta máximo, por sí mismo un océano.

Cada uno —D'Almeida, Salvador Reyes, Mariano Latorre, Manuel Rojas, Benjamín Subercaseaux, Colomo, Neruda— aporta su ola, su espuma y su voz (sin contar otros, fuera de la lista, como el "Monumento al Mar", de Huidobro), formando una escuadrilla respetable, capaz de resistir muchos temporales.

Con la debida reverencia, y sin olvidar las proporciones, confesare que ninguno me ha dado una emoción tan directa y real del marino en el desempeño de su misión, del hombre de mar apasionado y competente, como el autor de esta obra cuyo título después un poco: "En la Ruta de los Parásitos", por Alberto Santelices.

¿Quiénes son los parásitos? ¿Por qué, con qué intención figura allí ese término?

La explicación lleva a penetrar la entraña del libro, su doloroso drama, su queja sarcástica, sufriente y justa.

Se trata de la Marina de Guerra, y, condensada en su suero, la del país, la del momento histórico y la crisis de nuestra civilización.

Nada nuevo.

Lo prodigioso y excepcional es que, pese a su trascendencia y a que el conflicto se dibuja nítido, no hay declamaciones, ni divagaciones, ni teorías, ni sueños. Ni siquiera demagogia.

Hechos, Verídicos, presentes, palpables. Hombres serios y ocupados que trabajan y luchan profesionalmente, bautándose día a día, cuerpo a cuerpo con el deber, héroes sin énfasis, paladines y servidores de la patria tan sencillos que casi lo ignoran y no se jactan nunca.

Podrán otros superarnos por la magia de la imagen y la cadencia de los períodos encadenados; Alberto Santelices los vence por el conocimiento y la noble experiencia. Los demás admiten una sospecha de que han ido al mar con intención política y que han aprendido cierto vocabulario. Alberto Santelices lo emplea como su idioma. No cuida de explicarlo ni definirlo, da por sentado que los demás lo hablan y usan en la vida su léxico y su gramática.

El tío, un solista sentido de radar, le evita obscuridades que podrían desconectar. Lejos de eso, su relativa indecisión favorece el relato, le proporciona imprecisas resonancias y convence de que el narrador sabe lo que dice, insinuando que, a sus ojos, no es un ignorante y puede aún ser tratado como capaz de entender.

Si Alberto Santelices ha empleado ese procedimiento como técnico, no habiéndolo podido hallar otra mejor; pero probablemente lo ha hecho por intuición, porque aquello le sale así, naturalmente.

La impresión que produce es de una autenticidad absoluta. De ella, como fruto lógico, el convencimiento alucinante.

Empieza la historia.

"Era un día de tal en el puerto militar de Talcahuano. Dos pequeñas escuadras empiezan a filtrarse lentamente por la compuerta del dique. Luego se transforman en dos pequeñas estatuas de agua blanca y espumosa, que van avanzando lentamente el abismo de concreto en cuyo fondo vice varado un buque. De pie en la solilla el teniente Phentón observa distraído cómo se escurre el agua por el fondo del dique y cómo flotan pequeños maderos junto a sardinas de viento blanco. Hacía más de un mes que habían estado con el buque; las compuertas, al cerrarse, las dejaron apesadumadas y en seco. —¿Quién fallará para salir?

se preguntó. "Temó que ello debería ser a la once de la mañana. Miró su reloj pulsera. Aún faltaban dos horas. Llamó al agua los restos del tabaco de la pipa que fumaba y se dirigió despreocupadamente hacia el puente de gobierno. Se aferró en la rueda del timón. Los vientos de la ventana de estribera del puente le devolvieron su imagen. Se atreó la corbata. El improvisado espejo mostraba una figura curiosa, pero agradable". Con elementos tan simples, en ese tono llano, objetivo, sereno, la narración va desplegándose ante nuestra vista, ya tranquilamente interesada.

Aparece un guardiamarina jovenito, recién salido de la Escuela Naval. Luego otros hombres de la tripulación. Todos se lavan, se jabonan, visitan la terraza restaurantaria. Uno empieza a preguntarse con curiosidad, no sin la leve sombra del lector de novelas ante una intriga incipiente, adónde irán, cuál será el rumbo, qué fin tendrá.

¡Suspense!

No tanto, pero un poco.

Zarpa el buque remolcado y endereza por el sur. Va a Punta Arenas. Así eran las órdenes; pero no acompañaría nunca está seguro de su ruta. De pronto, un llamado de atención impositivo le llama a toda máquina en sentido contrario. Al norte hay un pequeño al garete y gila secreto. Órdenes, voces, trágicos, maniobras, agitación a bordo.

Un placer se insinúa en el fondo del que asiste a todo eso, navegante cómodamente instalado con el libro cuyas páginas desfilan rápidas, pero sin soltar su arreón, ese título enigmático.

Solo aún en los últimos capítulos, descartadas las fuerzas escenas de amor, "los marineros beben y se van" (apenas cruzan dos o tres mujeres hipotéticas) empapados, a fuerza de pruebas tangibles, del sacrificio, de la disciplina rigurosa, del valor que no duda en las tempestades, movido por el riesgo y orgulloso amor a Chile que todos aquellos hombres sienten desde adentro y el desprendimiento temerario con que lo sirven, obedientes a un mandato del alma, de los nervios, de la entraña, entonces, en una sola palabra el motivo de la historia, salta, como un asno.

Sucedió en Valparaíso, a poco de haber desahogado, felices de verse vivos después de un infernal viaje, que los llevó a dos dedos de la muerte y tras haber librado la vida a otros, amagados por el furioso-mar, un desfile estudiantil de muchachos melancólicos, vociferantes, poño en alto, frenéticamente persuadidos de su misión revolucionaria, pasa gritando en son de guerra: abajo la guerra de... que están los bechardos en... mueran los imperialistas... Uno de ellos, viendo al comandante de Marina, muerte de hombre, de sed, de sueño y apatamiento, pero impecable, no puede resistir, escapa "con seco" y le llama, calóricamente:

—¡Parásito!

Tiene Alberto Santelices el buen gusto un tanto heroico de rebautizar todo paleísmo. "Los buenos sentimientos hacen los malos libros". Al verse amenazado, desfiló hacia la ironía apenas teñida de sarcasmo. Y sonrió. Comprendo. Se encoge de hombros. No devuelve al insultador golpe por golpe ni lo abruma: tal entidad lo deja al lector. Para eso, la realidad, los hechos, las andanzas, el sacrificio, el poco sueldo, la ninguna esperanza material, la pasión viril por el oficio que desafía la muerte.

Todas las viejas virtudes que, olvidadas, se anulan, cobran en la acción poder irresistible.

Lo que no logra el retintimiento de quienes agotan el arte y multiplican sus combinaciones, graduaciones, opionidades, contraindones, este que marcha a paso militar y breve, sin adornos, bruto a rales, lo obtiene poderosa y naturalmente: apretar la garganta, cerrar un momento el libro y, atojado el nudo de la emoción, reabrirlo para seguir leyendo, mas no como quien lee, sino como el que presencia y vive.

Su acercamiento a la realidad alcanza límites en que más de un retórico detendría su acceso a la literatura, alegando acaso porque los retóricos se atreven a todo, falta de explicación, ausencia de compostura, esquematismo y prosa.

Mejor.

Es lo que se necesita.

Pedro Raja, noviembre de 1969.

"En la ruta de los parásitos" [artículo] Alone.

Libros y documentos

AUTORÍA

Alone, 1891-1984

FECHA DE PUBLICACIÓN

1969

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

"En la ruta de los parásitos" [artículo] Alone.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile